

Valle Pavón, Guillermina del (coordinadora). *Contrabando y redes de negocios: Hispanoamérica en el comercio global, 1610-1814*. México, Instituto Mora, 2023.

El contrabando fue una práctica inherente a las sociedades coloniales de la América española. Ya fuera por la rigidez del modelo comercial o por los intereses monopólicos de la Corona y de los gremios mercantiles peninsulares que buscaron subordinar a sus pares americanos, el contrabando funcionó con frecuencia como una válvula de escape frente a las tensiones y restricciones de la economía imperial. La historiografía dedicada a este fenómeno ha destacado, en diversas ocasiones, el papel decisivo de las redes clientelares y de las alianzas basadas en intereses comunes entre miembros de la burocracia colonial y los de las élites locales que facilitaron estas prácticas ilícitas.

En este contexto, *Contrabando y redes de negocios: Hispanoamérica en el comercio global, 1610-1814* (Instituto Mora, 2023), libro editado y coordinado por Guillermina del Valle Pavón, constituye una importante contribución que profundiza y amplía la comprensión de las dinámicas comerciales en torno al contrabando en la América colonial desde una mirada global. El volumen surge del seminario “Corporaciones, Comercio y Corrupción en Hispanoamérica, siglos XVII a XIX”, organizado entre 2020 y 2021 en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

La obra reúne ocho artículos que exploran las múltiples ramificaciones del contrabando, desde La Habana hasta Filipinas, incluyendo espacios poco abordados por la historiografía, como California. Su metodología parte de estudios de caso

con enfoques microanalíticos, que la coordinadora denomina “pequeñas historias de la mundialización”. Estos análisis permiten ilustrar las interconexiones y los flujos mercantiles que unieron el Atlántico y el Pacífico hispanoamericano mediante circuitos ilícitos y redes informales, en coexistencia con la estructura comercial monopólica de la monarquía española.

En conjunto, esta colección de ensayos ofrece una visión más compleja del tráfico global de la Carrera de Indias. La participación en ella dejó de concebirse como un privilegio exclusivo de los mercaderes de Sevilla y Cádiz, y pasó a entenderse como un sistema integrado por tres grupos interrelacionados: los cargadores del Consulado de Sevilla, los comerciantes extranjeros establecidos en Cádiz que abastecían de productos europeos y extraeuropeos, y los miembros de los consulados de México y Lima responsables de distribuir dichas mercancías en los mercados americanos.

Dentro de las conexiones que articularon a los virreinos de Nueva España y del Perú a inicios del siglo XVII, Bruno de la Serna Nasser examina los gobiernos del marqués de Guadalcázar en Nueva España y del príncipe de Esquilache en el Perú, entre 1612 y 1621. El autor se propone analizar el entramado social que rodeó a ambos virreyes y que derivó en actos de corrupción vinculados a la ruta comercial entre Acapulco y el Callao. Desde una perspectiva jurídico-normativa, el ensayo estudia cómo estos funcionarios negociaron con otras instituciones virreinales, qué mecanismos emplearon para asegurar la aplicación de sus cédulas, y hasta qué punto participaron en prácticas asociadas a la corrupción o promovieron normativas destinadas a favorecer a sus propias redes clientelares. Es una lástima, sin embargo, que —como el pro-

pio autor reconoce— no se hallase en las fuentes consultadas correspondencia que revelara algún tipo de coordinación directa entre ambos virreyes en materia de contratación, como sí existe para asuntos de defensa. Más bien, todo indica que no hubo acuerdo entre estos gobernantes y que las cuestiones relevantes se resolvieron mediante la intermediación del Consejo.

En el estudio del comercio en el Pacífico hispanoamericano del siglo xvii, California ha sido una región escasamente atendida por la historiografía, a pesar de su relevancia dentro de las dinámicas marítimas del periodo. En este sentido, el ensayo de Marie Christine Duggan constituye una de las contribuciones más destacadas del volumen, precisamente por incorporar de manera novedosa el papel de las misiones jesuitas en la península como parte integral del entramado comercial —formal e informal— del Pacífico. Duggan demuestra que las distintas etapas de la actividad jesuítica en California configuraron un nodo estratégico en el desarrollo de circuitos mercantiles, sostenidos por una red de actores con intereses convergentes en distintos puntos del imperio. Entre ellos figuraban, desde Madrid, Mariana de Austria, quien reforzó la ruta de la nao para proteger la costa novohispana de ataques piráticos; desde la ciudad de México, los virreyes, interesados en asegurar fuentes adicionales de mercurio para mantener la producción de plata, al tiempo que utilizaban sus cargos para obtener beneficios personales; desde Chacala, los mercaderes de Guadalajara y México, que abrieron rutas de contrabando hacia el Perú; y desde pequeños puertos en Sinaloa y Sonora, los mineros deseosos de exportar plata sin registro para evadir la fiscalidad real.

Entre los distintos nodos de articulación comercial del Pacífico hispanoamericano, el caso de California ofrece una perspectiva especialmente estimulante, al esclarecer un espacio hasta ahora marginal en la historiografía. Sin embargo, esta renovada atención no debe eclipsar la relevancia de otros centros que tuvieron un papel decisivo en la configuración del comercio y el contrabando durante el siglo xvii; en particular, México y Manila. En esta línea, Guillermina del Valle Pavón examina las estrategias empleadas por los mercaderes novohispanos para participar —tanto de manera legal como ilícita— en la Carrera de Filipinas durante el último tercio del siglo xvii. En el marco del comercio transpacífico, la distinción entre lo lícito y lo ilícito era, en efecto, sumamente porosa. Como advirtió el Consulado de México, el otorgamiento de licencias por parte de los virreyes a los mercaderes consulares para contratar en Filipinas, junto con el registro y el cobro de derechos a cargo de los oficiales reales de Acapulco sobre la plata embarcada en las naos, constituía en la práctica un reconocimiento implícito de que los novohispanos financiaban el tráfico. Para sostener este comercio ilícito con Filipinas, los principales mercaderes de plata —la élite del Consulado de la Ciudad de México— incorporaron a sus redes comerciales a virreyes, gobernadores filipinos y miembros de las audiencias de México y Manila, así como a diversos funcionarios. De igual modo, cuando se detectaba la participación de vecinos de Manila en actividades de contrabando, la Corona solía evitar sanciones severas, dado el interés en garantizar la estabilidad y la permanencia de la población en el archipiélago.

96

Al desplazarnos del plano más amplio, en el que el Pacífico funcionó como un espacio de cooperación marítima para actividades vinculadas al contrabando, los estudios centrados

en casos particulares dentro de los virreinos ofrecen una perspectiva igualmente relevante y complementaria. En ese aspecto, el ensayo de Francisco Cebreiro Ares acerca de Benito Blanco de Sotomayor, alcalde mayor novohispano de la provincia de Sayula en la segunda mitad del siglo XVIII, constituye un aporte significativo mediante un enfoque microhistórico sustentado en la rica documentación conservada sobre este funcionario; en especial, en un conjunto reducido pero diverso de correspondencia. Este corpus documental permite reconstruir con notable detalle su perfil mercantil, familiar y relacional, así como los mecanismos empleados para obtener nombramientos en Indias. De igual modo, revela las preocupaciones personales de los distintos miembros de su entorno y ayuda a esclarecer las circunstancias que condujeron finalmente al fracaso de sus iniciativas. En el caso de Benito Blanco de Sotomayor, el colapso de sus negocios evidencia que el desempeño económico era un requisito esencial para ejercer el cargo con eficacia, no tanto desde la óptica administrativa del Estado, sino desde la lógica del entramado reticular —familiares, paisanos y mercaderes— que había sustentado su acceso al puesto. Precisamente, por la atención a estos “fracasos” se abren nuevas vías interpretativas para comprender el funcionamiento cotidiano de las redes de poder y las dinámicas económicas en el mundo hispanoamericano.

Generalmente, los estudios sobre el contrabando parten de la élite colonial o de las autoridades virreinales y sus redes clientelares. Sin embargo, otros sectores sociales también se involucraron en estas dinámicas, aunque sus voces quedaron mayormente relegadas en los archivos. Álvaro Alcántara López recupera una de ellas en su análisis acerca de la participación de sujetos subalternos como testigos del entramado del contrabando en el Veracruz de fines del siglo XVIII e inicios

del XIX. A través del caso de Juan Bautista Riaño —afromexicano e iletrado, encarcelado en Veracruz—, el autor muestra cómo Riaño elevó una denuncia en 1800 contra el intendente y gobernador José García Dávila por prácticas ilícitas en las que el propio Riaño había intervenido como cochero. Y, aunque la historia culmina en otro “fracaso”, pues García Dávila fue declarado inocente, el episodio revela el valor de traer a la luz estas voces ocultas que convivieron con el contrabando, participaron en él y, con frecuencia, soportaron los castigos derivados del comercio ilícito.

Hacia el final del periodo colonial, la instauración del libre comercio y diversos regímenes de excepción favorecieron de manera desigual a ciertas regiones. En este contexto, el estudio de Iliana Quintanar Zárate sobre el Consulado de La Habana a fines del siglo XVIII e inicios del XIX muestra cómo esta corporación, amparada en un estatus excepcional, generó fuertes tensiones con los consulados de Cádiz, México y Veracruz debido a su creciente dominio del comercio caribeño. Ubicada en un enclave estratégico para la defensa imperial, La Habana recibió amplios privilegios reales —como la participación en el comercio neutral y la reexportación de mercancías españolas—, que sus miembros potenciaron mediante extensas redes clientelares con comerciantes estadounidenses y la colusión con autoridades locales. Para sus competidores, estos beneficios alteraban el equilibrio corporativo del comercio atlántico y constituían un abuso que ponía en duda la lealtad de los habaneros a la Corona. Los cubanos, en cambio, sostenían que el fortalecimiento de sus intereses contribuía a la prosperidad del imperio. Consciente del valor estratégico de la isla, la monarquía toleró prácticas limítrofes —e incluso de contrabando— con tal de asegurar la fidelidad de su enclave más importante en el Caribe.

Continuando con el estudio del contrabando hacia el final del dominio español, el análisis de trayectorias personales puede resultar especialmente esclarecedor. El ensayo de José Sovarzo sobre Jacinto de Castro y su red comercial entre Santiago de Chile y el Río de la Plata demuestra el valor de este enfoque microhistórico. Aunque Castro no perteneció a la élite mercantil más acaudalada, su acervo documental —un caso excepcional de “élite de archivo”— permite reconstruir casi cuatro décadas de actividad comercial gracias a más de dos mil fojas conservadas en el Archivo General de la Nación argentino. Su correspondencia revela un circuito mercantil terrestre sostenido por relaciones de confianza, marcado por el envío constante de aguardiente sanjuanino a Buenos Aires y el abastecimiento de productos desde San Juan, y luego desde Santiago. En los mismos lares que transitó Jacinto de Castro, también operó Sebastián de Torres, un comerciante rioplatense que supo adaptarse a las profundas transformaciones provocadas por las guerras de independencia. En el ensayo de Viviana L. Grieco se muestra cómo, entre 1790 y 1820, los cambios en las políticas comerciales —orientados a atraer capital extranjero ante la caída de los situados potosinos— no eliminaron el peso de las redes regionales, aún dominadas por un reducido grupo de comerciantes españoles. El caso de Sebastián de Torres revela que el éxito mercantil dependía menos del liberalismo comercial emergente que de la capacidad para sostener alianzas estables basadas en crédito, comunicación y vínculos rituales de parentesco. A pesar de la fragmentación política y la competencia de manufacturas británicas, Torres y sus pares mantuvieron un control significativo sobre los mercados interiores, priorizando las importaciones españolas y articulando circuitos que conectaban productos regionales —como vinos, yerba mate o pieles de exportación— con una demanda en expansión.

Como cierre, *Contrabando y redes de negocios: Hispanoamérica en el comercio global, 1610-1814* constituye una contribución sólida y cuidadosamente articulada al estudio del contrabando en la América española. La amplitud de casos analizados y la extensa cronología abordada no solo enriquecen nuestra comprensión del fenómeno, sino que también abren nuevas vetas de investigación que invitan a profundizar en sus múltiples dimensiones. Un aspecto que suscita reflexión, sin embargo, es la necesidad de complejizar aún más el estudio del contrabando, abriendo el enfoque más allá de élites y autoridades, para incorporar otras perspectivas históricas con las cuales entender estas prácticas ilícitas como variables dinámicas y heterogéneas. En este sentido, resultan sugerentes los recientes estudios sobre piratería moderna, que han renovado el campo desde aproximaciones provenientes de la crítica literaria aplicada a poemas y crónicas de la época. No parece imposible —e incluso es deseable— explorar las implicancias del contrabando desde otros ámbitos: las experiencias de distintos sectores sociales, el manejo de recursos naturales y la historia ambiental, o las dimensiones del trabajo y la tecnología. Ampliar el encuadre analítico en estas direcciones no solo enriquecerá el estudio del fenómeno, sino que también permitirá reimaginar su lugar en la historia económica y social de la América colonial.